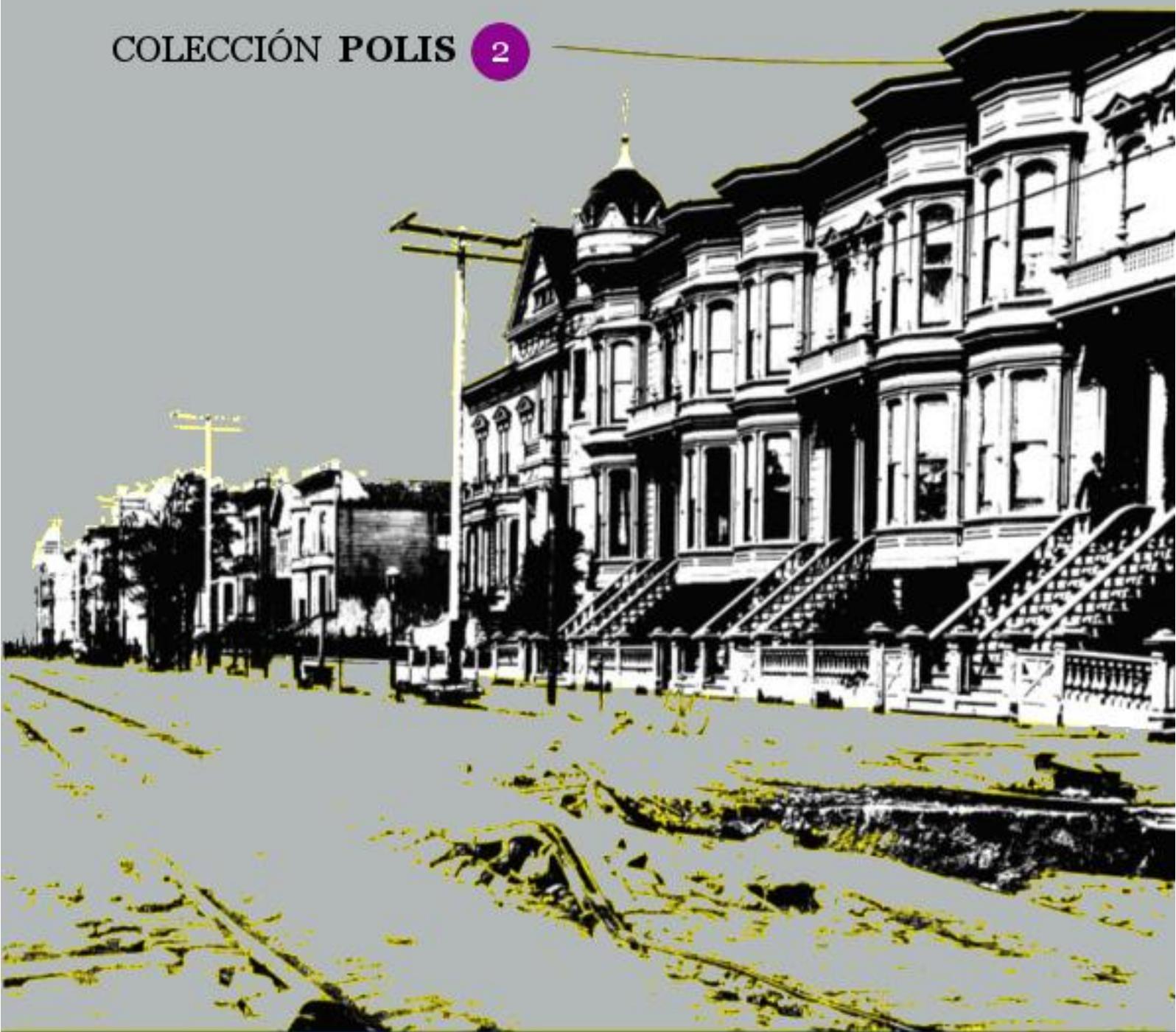


COLECCIÓN POLIS 2



AL SUR DE LA FALLA

Jack London

Versión en castellano de Pablo Sánchez León



Post:metro:polis
(Lo que queda) después de

www.postmetropolis.com



Postmetropolis Editorial

Septiembre de 2015

Traducción: Pablo Sánchez León
Revisión: Pedro Tena y Esther Pascua

Edición técnica: Pablo Sánchez León

Diseño de la portada: Noelia Adánez
Logo de Postmetropolis: Paula García Arizcun

Referencia electrónica:

Jack London, “Al sur de la Falla”, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2015.

Puesto en línea el 15 de septiembre de 2015.

<<http://www.postmetropolis.com/textos/polis/POL0002.pdf>>

DOI: en proceso

Antes publicado en Ediciones Contratiempo en diciembre de 2013

[El original en inglés de este texto apareció en *The Saturday Evening Post*, vol. 181, Mayo, 1909].

El viejo San Francisco, que es el San Francisco de antes de ayer, justo antes del terremoto, estaba partido en dos por la Falla. La Falla era la hendidura de hierro que recorría el centro de la calle Market y desde la que surgía el incesante zumbido de los cables remolcadores al arrastrar los tranvías cuesta arriba y cuesta abajo. En realidad había dos fallas, pero en el lenguaje rápido del Oeste se ahorraba tiempo llamándolas, de manera harto simbólica, “La Falla”. Al norte de la Falla estaban los teatros, los hoteles y el área comercial, los bancos y las casas de negocios serias, respetables. Al sur de la Falla estaban las fábricas, los suburbios, las lavanderías, las factorías, los talleres de vapor y las casas de la clase obrera.

La Falla era la metáfora que expresaba la fractura de clase de la sociedad y ninguna persona atravesaba esta metáfora de un lado a otro con tanto éxito como Freddie Drummond. Estaba acostumbrado a vivir en los dos mundos y en ambos se desenvolvía muy bien. Freddie Drummond era profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de California y como profesor de sociología cruzó por primera vez la Falla; vivió seis meses en el gran gueto obrero y escribió *El trabajador no cualificado*, un libro que fue aclamado en todas partes como una digna contribución a la literatura del progreso y como una espléndida réplica a la literatura del descontento. Tanto política como económicamente era un libro completamente ortodoxo. Los presidentes de las grandes compañías de

ferrocarril compraron ediciones enteras del mismo para sus empleados. La Asociación de Empresarios distribuyó, ella sola, cincuenta mil copias. En cierta medida, era tan inmoral como el mucho más famoso y notorio *Message to García*, mientras que en su pernicioso apostolado a favor del ahorro y el consenso se situaba en segundo lugar, justo por detrás de *Mrs Wiggs of the Cabbage Patch*.

Al principio, Freddie Drummond encontraba inmensamente difícil hacerse entender entre la población trabajadora. No estaba acostumbrado a sus formas y ellos no estaban, desde luego, acostumbrados a las suyas. Sospechaban. Él no tenía experiencia. No podía hablar de trabajos anteriores. Sus manos eran suaves. Su extraordinaria cortesía resultaba amenazadora. Su idea inmediata del papel que debía representar era la de hacer de americano libre e independiente que elegía trabajar con sus propias manos sin más explicación. Pero, como pronto descubriría, no funcionó. Al principio le aceptaron, de forma provisional, como un excéntrico. Un poco después, en cuanto empezó a desenvolverse mejor, se dio cuenta de que había un papel que sí funcionaba, es decir, si se presentaba como un hombre que había conocido épocas mejores, mucho mejores, pero que atravesaba una mala racha que no podía durar eternamente.

Aprendió muchas cosas, e hizo muchas generalizaciones a menudo de forma equivocada, todo lo cual puede encontrarse en las páginas de *El trabajador no cualificado*. Se curó en salud, no obstante, según la sana y conservadora fórmula de su mundo, etiquetando sus generalizaciones como “tentativas”. Una de sus primeras experiencias fue en la gran Conservera Wilmax, donde se le asignó la tarea de confeccionar a destajo pequeñas cajas de embalaje. Una fábrica de cajas proporcionaba los componentes y todo lo que Freddie Drummond tenía que hacer era montarlas y clavar las grapas de alambre con un martillo ligero.

No era trabajo cualificado, sino trabajo a destajo. Los trabajadores normales de la envasadora cobraban un dólar y medio al día. Freddie Drummond encontró en su mismo puesto hombres que trabajaban sin agobios y que ganaban un dólar y setenta y cinco centavos diarios. Al tercer día ya ganaba lo mismo que ellos. Pero él era ambicioso. No se planteaba ir sin prisas y, como sus aptitudes y capacidad eran poco frecuentes, al cuarto

día ganaba dos dólares. Al día siguiente, con un esfuerzo agotador, ganó dos dólares y medio. Sus colegas en el trabajo le obsequiaron con malas caras y miradas sombrías e hicieron comentarios agudos en jerga que él no entendía sobre chuparle el culo al jefe, hacer de liebre o aferrarse al asiento como un clavo ardiendo. Se quedó pasmado del nivel de escaqueo en el trabajo a destajo, reflexionó sobre la holgazanería del obrero no cualificado y continuó al día siguiente trabajando para ganarse a martillazos tres dólares haciendo cajas.

Y esa noche, al salir de la envasadora, fue abordado por sus compañeros, que estaban muy enfadados y hablaban en jerga de forma incomprensible. Era incapaz de entender la motivación que subyacía a su proceder. La actividad misma era según ellos extenuante. Cuando rechazó disminuir su ritmo de trabajo y les sermoneó sobre el mercado libre, la iniciativa del americano y la dignidad del trabajo, ellos procedieron a arruinar su capacidad de ejercer de liebre en el trabajo. Fue una dura batalla, pues Drummond era un tipo grande y un atleta, pero el grupo finalmente le pisoteó las costillas, le pateó la cara y le machacó los dedos de las manos, de forma que sólo tras permanecer en cama durante una semana pudo levantarse y ponerse a buscar otro trabajo. Todo esto es debidamente narrado en aquel su primer libro, en el capítulo titulado “La tiranía del trabajador”.

Un poco más tarde, en otro departamento de la Conservera Wilmax, seleccionando y cargando fruta con el grupo de mujeres, hizo el intento de acarrear dos cajas a la vez, lo cual le fue rápidamente reprochado por otros cargadores de cajas. Era un caso manifiesto de vaguería; pero decidió que él no estaba allí para cambiar las condiciones, sino para observar. Así que en adelante cargó una sola caja cada vez y aprendió tan bien el arte de eludir el trabajo que escribió un capítulo especial sobre ello, cuyos párrafos finales estaban llenos de generalizaciones tentativas.

En estos seis meses trabajó en muchos empleos y consiguió imitar a la perfección al verdadero trabajador. Él era un lingüista natural y relleno cuadernos enteros de notas con un estudio científico del habla o argot de los trabajadores, hasta lograr hablarlo de manera bastante genuina. Este lenguaje le permitió también reconstruir sus procesos mentales de forma más íntima y, por consiguiente, reunir muchos datos para un capítulo

proyectado para un libro futuro que planeaba titular *Síntesis de psicología de la clase obrera*.

Antes de regresar a la superficie, tras su inmersión en el submundo, descubrió que era un buen actor y puso de manifiesto sus condiciones naturales. Él mismo se sorprendió de su propia fluidez. Una vez dominado el lenguaje y aguantados muchos fastidiosos escrúpulos se dio cuenta de que podía meterse en cualquier rincón de la vida de la clase obrera y adaptarse a él perfectamente hasta sentirse como en su propia casa. Como él mismo decía en el prólogo de su segundo libro, *El obrero*, se esforzaba de verdad por conocer a los trabajadores y la única vía posible para lograrlo era trabajar junto a ellos, comer su comida, dormir en sus lechos, distraerse con sus diversiones, pensar sus ideas y sentir sus emociones.

No era él un pensador profundo. No tenía fe en teorías nuevas. Todas sus pautas y criterios eran convencionales. Su Tesis Doctoral sobre la Revolución Francesa era digna de reseña en los anales universitarios, no solo por su meticulosa y abundante erudición, sino por el hecho de tratarse del ladrillo más austero, muerto, formal y ortodoxo jamás escrito sobre la materia. Era un hombre muy reservado y su natural inhibición era enorme en cantidad y acerada en calidad. Tenía solo unos pocos amigos. Era demasiado opaco, demasiado frío. Carecía de vicios y nadie había descubierto nunca en él ninguna tentación. Detestaba el tabaco, aborrecía la cerveza y no se le conocía bebida más fuerte que un vino ligero en la comida, en contadas ocasiones.

Al entrar en la universidad fue bautizado como “Cubito de hielo” por sus compañeros más cálidos; como miembro de la facultad era conocido como “Refrigerador”. No tenía más que un pesar y ese consistía en su apodo, “Freddie”. Se lo había ganado cuando jugaba de defensa en el equipo de fútbol universitario y, a pesar de su aire formal, nunca había conseguido deshacerse de él. Sería siempre “Freddie”, excepto de forma oficial, y cuando tenía pesadillas visionarias podía ver un futuro en el que todo su mundo se refiriera a él como “el viejo Freddie”.

Con veintisiete años era demasiado joven para ser doctor en sociología, pero su apariencia era aún más juvenil. Tenía el físico y el aire de un estudiante corpulento, imberbe y de suaves modales, aseado, simple y sano con una acreditada reputación de ser un excelente atleta y dueño, al

parecer, de una amplia y árida erudición, de esas de corte reprimido. Nunca hablaba de trabajo fuera de clase y de los seminarios, excepto más tarde, cuando sus libros le colmaron con un desagradable reconocimiento público y él lo aceptó hasta el extremo de dar conferencias ocasionales ante algunas sociedades literarias y económicas.

Lo hacía todo bien, demasiado bien; y en su vestir y comportamiento era inevitablemente correcto. No es que fuera un *dandy*; nada más lejos de la realidad. Era un universitario, en traje y porte, ejemplo acabado del personaje tipo que en los últimos años tan abundantemente han producido nuestras instituciones de enseñanza superior. Daba apretones de mano suficientemente fuertes y ceremoniosos. Sus ojos azules eran fríamente azules y convincentemente sinceros. Su voz, firme y masculina, limpia y fresca en pronunciación, era agradable al oído. Su única desventaja era su inhibición. Nunca se relajaba. En su época de futbolista, cuanta mayor era la tensión del juego, más frío se volvía. Tenía fama como boxeador, pero se le consideraba un autómatas, capaz de medir con inhumana precisión la distancia y calcular los golpes, ponerse a cubierto, bloquear y detener los de su contrincante. Casi nunca salía mal parado y casi nunca castigaba a su oponente. Tenía demasiada inteligencia y demasiado autocontrol como para permitirse a sí mismo poner un kilo de fuerza más de la pretendida en un puñetazo. Para él era una cuestión de ejercicio físico. Le mantenía en forma.

Con el paso del tiempo, Freddie Drummond comenzó a cruzar con más frecuencia la Falla y a perderse en el lado sur de la Market. Pasaba allí sus vacaciones de invierno y verano y, ya fuese entre semana o los fines de semana, consideraba que el tiempo que empleaba era allí valioso y divertido. Y había tanto material que recopilar. Su tercer libro, *Masa y jefatura*, se convirtió en manual en las universidades americanas; y casi sin darse cuenta, estaba ya trabajando en un cuarto, *La falacia del ineficiente*.

Pero en algún momento, tuvo lugar un extraño viraje o requiebro de su forma de ser. Tal vez fuera una reacción contra su medio y educación o contra la selecta semilla de sus ancestros, que habían sido hombres de letras, generación tras generación; pero, en cualquier caso, el hecho es que encontraba placer en estar ahí abajo en el mundo de la clase obrera. En su universo, él era “Refrigerador”, pero ahí abajo era Bill Totts “el Grande”,

que podía beber y fumar, hablar en jerga, pelear y ser el preferido de todos. A todo el mundo le gustaba Bill y más de una chica obrera se acostó con él. Al principio había sido solo un buen actor, pero con el paso del tiempo, el simulacro se convirtió en segunda naturaleza. Ya no actuaba con un guion y le gustaban, de verdad, las salchichas con beicon que, en su esfera social, representaban lo más detestable en materia culinaria.

De hacer las cosas por necesidad, pasó a hacerlas porque sí. Se sentía apenado cuando llegaba el momento de regresar a su aula universitaria y a su inhibición. Y a menudo se descubría deseando que pasara el tiempo hasta que llegase el momento de cruzar la Falla para soltarse y comportarse mal. No es que fuera malo, pero en su papel de Bill Totts “el Grande” hacía un montón de cosas que Freddie Drummond nunca se hubiera permitido. Es más, Freddie Drummond nunca hubiera querido hacerlas. Esa era la parte más extraña del descubrimiento. Freddie Drummond y Bill Totts eran dos criaturas completamente distintas. Los deseos y gustos e impulsos de cada uno eran opuestos a los del otro. Bill Totts podía holgazanear en un trabajo con plena consciencia, mientras que Freddie Drummond reprobaba la ociosidad como viciosa, criminal y antiamericana y dedicaba capítulos enteros a su condena. A Freddie Drummond no le interesaba bailar, pero Bill Totts nunca se perdía las noches de los distintos clubs de baile, como el *Magnolia*, el *Western Star* y el *Elite*; y llegó a ganar una inmensa copa de plata, de más de medio metro de alto, al mejor disfraz en el gran baile de disfraces anual del Sindicato de Carniceros. Además, a Bill Totts le gustaban las chicas y él le gustaba a las chicas, mientras que a Freddie Drummond le gustaba ir de asceta en este aspecto, se oponía abiertamente a la igualdad de voto para las mujeres y era cínicamente ácido en su condena en privado de la igualdad del derecho a la educación.

Freddie Drummond cambiaba su forma de ser al cambiar de ropa y sin esfuerzo. Cuando entraba en el cuarto oscuro que usaba para transformarse, se movía de una forma un tanto rígida. Iba demasiado estirado, su espalda, unos centímetros demasiado echada hacia atrás, mientras que su rostro era grave, casi áspero, prácticamente sin expresión. Pero cuando salía con las ropas de Bill Totts era un ser diferente. Bill Totts no iba alambicado, sino que de alguna manera toda su complexión se relajaba y se volvía grácil. El sonido mismo de la voz cambiaba y la risa era

fuerte y sentida, al tiempo que el lenguaje libre y, en ocasiones, los tacos eran moneda corriente en sus labios. Así mismo, Bill Totts era un vividor tendente a trasnochar y, a veces, en bares, a montar broncas sin malicia con otros obreros. También, entonces, en los picnics de los domingos o al volver a casa después de un espectáculo, sus brazos revelaban una resuelta soltura para coger a las chicas por la cintura, a la vez que desplegaba un ingenioso y encantador talento para el alegre ligoteo que se esperaba en todo miembro de su clase.

Era Bill Totts tan cabalmente él, tan completamente un trabajador, un genuino habitante del Sur de la Falla, que poseía la conciencia de clase típica de los suyos y su odio a los esquirols incluso superaba la media del trabajador sindicado leal. Durante la huelga de los diques, Freddie Drummond fue, en cierta manera, capaz de distanciarse de esta singular simbiosis y observar, de forma fría y crítica, cómo Bill Totts era un miembro que pagaba su cuota en el Sindicato de Estibadores y tenía derecho a estar indignado contra los que usurpaban su empleo. Bill Totts “el Grande” era tan grande, y tan capaz, que era Bill “el Grande” en primera fila cuando había problemas. De tanto simular sentimientos de indignación, Freddie Drummond, en el papel de su otro yo, acabó experimentando verdadera indignación y solo cuando regresó a la atmósfera clásica de la universidad consiguió, de forma pausada y conservadora, generalizar sobre sus experiencias de los bajos fondos y ponerlas en papel como lo haría un sociólogo entrenado. Que Bill Totts carecía de perspectiva para elevarse por encima de la conciencia de clase era algo que Freddie Drummond veía con claridad. Pero Bill Totts era incapaz de verlo. Cuando veía a un esquirol quitándole su empleo, lo veía todo de color rojo y poco más. Era Freddie Drummond, trajeado y comportándose sin tachadura, sentado en su mesa de trabajo o en una de sus clases de “Sociología 17”, quien veía a Bill Totts y todo lo relacionado con Bill Totts y todo lo relacionado con el problema de los esquirols y los trabajadores sindicados y su relación con el bienestar económico de los Estados Unidos en su lucha por el mercado mundial. Bill Totts era, en realidad, incapaz de ver más allá de la próxima comida y de la pasta que ganaría en el combate de la noche siguiente en el Gaiety Athletic Club.

Fue mientras reunía material para su libro *Mujer y trabajo*, cuando Freddie sintió el primer aviso del peligro que corría. Las cosas le iban demasiado bien viviendo en los dos mundos. El extraño dualismo que había desarrollado era, después de todo, muy inestable y, cuando se sentaba en su estudio y meditaba, sabía que no podía durar. Era realmente un estadio transitorio y si persistía veía que inevitablemente tendría que abandonar un mundo o el otro. No podía seguir en los dos. Al contemplar el montón de volúmenes que adornaban la estantería superior de su biblioteca giratoria, sus libros, comenzando por su tesis y terminando por *Mujer y trabajo*, decidió que ese era el mundo con el que se quedaría y al que se aferraría. Bill Totts había servido a sus propósitos, pero se había vuelto un cómplice demasiado peligroso. Bill Totts tenía que desaparecer.

El miedo de Freddie Drummond se debía a Mary Condon, presidenta del Sindicato Internacional de Trabajadoras de Guantes núm. 974. La había visto, por primera vez desde la sala de espectadores, en la convención anual de la Federación de Trabajadores del Noroeste y la había visto a través de los ojos de Bill Totts y ese sujeto se había quedado muy favorablemente impresionado por ella. No era, en absoluto, el tipo de Freddie Drummond. ¿Qué había de malo en que fuera una mujer con cuerpo majestuoso, elegante y sinuoso como una pantera, con unos increíbles ojos negros que podía llenar de fuego o de conmovedora risa según dictase su estado de ánimo? Pues él detestaba a las mujeres de vitalidad demasiado exuberante y desprovistas de..., bueno, de inhibición. Freddie Drummond asumía la doctrina evolucionista porque había sido aceptada por la gran mayoría de los universitarios y creía, sin duda alguna, que el hombre había ascendido por la escala de la evolución a partir de la mar de mugre y caos de los seres orgánicos inferiores y monstruosos, pero se avergonzaba un poco de esta genealogía y prefería no pensar en ella. Por ello, probablemente, practicaba su férrea inhibición y la predicaba ante otros y prefería mujeres de su misma condición, que pudieran liberarse de esta animal y vergonzosa línea ancestral y que, por medio de disciplina y control, mostraran la gran distancia que los separaba a ellos de sus antepasados remotos.

Bill Totts no tenía en cuenta ninguna de estas consideraciones. Le gustaba Mary Condon desde el momento en que sus ojos se posaron por primera vez en ella en la sala de convenciones y había decidido, en ese

mismo momento y lugar, saber quién era. La siguiente vez que la vio, bastante por casualidad, fue un día en el que él conducía un carruaje veloz para Pat Morrissey. Fue en un albergue en la calle *Mission*, donde le habían llamado para recoger un baúl y llevarlo a un almacén. Le había recibido la hija de la propietaria y le había llevado a un pequeño dormitorio cuyo ocupante, una trabajadora que hacía guantes, acababa de ser ingresada en el hospital, cosa que Bill no sabía. Él se agachó, agarró el baúl, se lo cargó a los hombros, a pesar de lo grande que era, y luchó con él hasta ponerse en pie, dando la espalda a la puerta abierta. En ese momento oyó una voz de mujer.

—¿Estás sindicado? —le preguntaron—.

—¡Ahh!, ¿y a ti eso qué te importa? —replicó—. Ábrete y quítate de en medio que tengo que darme la vuelta.

Lo siguiente que ocurrió es que todo él había girado sobre sus talones y se tambaleaba hacia atrás, desnivelándose por el peso del baúl, hasta que dio un golpe contra la pared. Comenzó a maldecir, pero en ese mismo instante se encontró mirando los ojos amenazadores e iracundos de Mary Condon.

—Por supuesto que estoy afiliado —dijo—. Era una broma, nada más.

—¿Dónde está tu carnet? —exigió ella con tono profesional—.

—En mi bolsillo. Pero ahora no lo puedo sacar. El baúl pesa demasiado. Ven conmigo a la camioneta y te lo enseño.

—Suelta ese baúl —fue la orden—.

—¿Por qué? Tengo carnet, te estoy diciendo.

—¡Suéltalo y basta!. Ningún esquirol va a tocar ese baúl. Debería darte vergüenza, maldito cobarde, quitándole el trabajo a gente honrada. ¿Por qué no te afilias al sindicato y te haces un hombre?

Mary Condon había perdido el color del rostro y era evidente que estaba enfadada.

—Pensar que un hombre grande como tú se ha convertido en un traidor a su clase. Supongo que estás deseando meterte en las milicias para tener oportunidad de cargarte a conductores sindicados en la próxima huelga. Puede incluso que seas ya parte de la milicia para hacer ese trabajo. Eres el tipo...

—¡Para, vale, te estás pasando! —Bill dejó caer al suelo el baúl de un golpe, se irguió y metió su mano en el bolsillo interior de su chaqueta —. Te he dicho que solo estaba de coña. Mira esto.

Era un carnet de afiliación en regla.

—De acuerdo, guárdalo —dijo Mary Condon—. Y la próxima vez dejas las bromas para otra ocasión.

Su rostro se relajó al observar la facilidad con la que él volvió a ponerse el baúl al hombre y sus ojos brillaron al contemplar la masa de hombre que era. Pero Bill no se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado con el baúl.

La siguiente vez que se encontró con Mary Condon fue durante la huelga de lavanderas. Las lavanderas, que se habían organizado hacía no mucho, estaban molestas con la patronal y habían pedido a Mary Condon que instigara la huelga. Freddie Drummond había tenido un presentimiento de lo que iba a pasar y había enviado a Bill Totts a unirse al sindicato e indagar. Bill trabajaba en la sala de lavado y ese día los hombres habían sido llamados al paro primero para infundir valor a las chicas; y dio la casualidad de que Bill estaba cerca de la puerta de la sala de escurrido cuando Mary Condon iba a entrar. El capataz, que era a la vez alto y corpulento, le cerró el paso. No iba a permitir que se arengara a sus chicas para que fueran a la huelga y estaba dispuesto a darle una lección para que se metiera en sus asuntos. Su gorda mano cayó desde detrás sobre los hombros de Mary, cuando esta trataba de esquivarle, pero ella miró alrededor y vio a Bill.

—¡Eh, usted, Sr. Totts! —gritó—. Écheme una mano. Quiero pasar.

Bill se sintió agradablemente sorprendido. No había olvidado su nombre desde lo del carnet. Instantes después el capataz había sido apartado de la entrada, mientras clamaba sobre el respeto a la ley, y las chicas abandonaban el trabajo. Durante el resto de aquella breve y exitosa huelga, Bill se convirtió en el hombre de confianza y en el mensajero de Mary Condon y, cuando se terminó, regresó a la universidad para ser Freddie Drummond y para preguntarse qué es lo que Bill Totts veía en esa mujer.

Freddie Drummond estaba del todo a salvo, pero Bill se había enamorado. No había forma de salir de ello y era este hecho lo que había

servido a Freddie Drummond de aviso. El caso es que él había acabado su trabajo y sus aventuras podían cesar. No había ya necesidad de cruzar la Falla de nuevo. Menos los tres últimos capítulos, todo su último libro, *Tácticas y estrategia de los trabajadores*, estaba acabado y había recopilado suficiente material para completar esos capítulos.

Otra conclusión a la que llegó fue que, para establecerse como Freddie Drummond, eran necesarios lazos y relaciones más densos en su propio ambiente social. Era hora, en cualquier caso, de casarse y se daba cuenta perfectamente de que si Freddie Drummond no se casaba, Bill Tots sin duda lo haría y las complicaciones eran demasiado abrumadoras como para pararse a considerarlas. Y así entra en la historia Catherine van Horst. Era universitaria y su padre, el miembro más rico de la facultad, era el director del Departamento de Filosofía. Sería un matrimonio conveniente desde cualquier punto de vista, concluyó Freddie Drummond cuando el compromiso fue asumido y anunciado. De apariencia fría y reservada, aristocrática y absolutamente conservadora, Catherine van Horst, aunque cálida a su manera, poseía una inhibición idéntica a la de Drummond.

Todo parecía irle bien, pero Freddie Drummond no podía eludir la llamada del submundo, la atracción de la vida espontánea y despreocupada, libre de toda traba y responsabilidad que llevaba al sur de la Falla. Conforme se acercaba el día de la boda, sintió que, en efecto, había cavado su propia tumba y sintió, además, lo bueno que sería echar una última cana al aire, hacer el papel de buen tipo y bala perdida una vez más antes de entregarse, definitivamente, a las aulas grises y a su austero matrimonio. Y, por si cabía mayor tentación, el último capítulo de *Tácticas y estrategia de los trabajadores* seguía sin estar redactado por falta de algunos datos esenciales más, que había olvidado reunir.

Así es que Freddie Drummond regresó, por última vez, como Bill Totts, compiló los datos y, desgraciadamente, se encontró con Mary Condon. Cuando de nuevo volvió a sus estudios, ya no era divertido recordar lo sucedido y eso hacía que la llamada de Bill Totts fuese doblemente imperativa. Bill Totts se había comportado de forma abominable. No solo se había topado con Mary Condon en un Consejo Sindical Central sino que, además, se había parado en una marisquería,

camino de casa, y la había invitado a ostras. Y antes de despedirse en su puerta, la había rodeado con sus brazos y la había besado en los labios varias veces. Las últimas palabras en sus oídos, palabras pronunciadas suavemente con un conmovedor sollozo en la garganta que no era ni más ni menos que un grito de amor, fueron, “Bill... querido, querido Bill”.

Freddie Drummond se estremecía al recordarlo. Veía el abismo abrirse ante él. No era por naturaleza un polígamo y se quedaba aterrizado ante la situación. Aquello tenía que acabar y tenía que hacerlo de una de dos maneras: o bien se convertía completamente en Bill Totts y se casaba con Mary Condon o seguía siendo, de una vez por todas, Freddie Drummond y se casaba con Catherine van Horst. De otra manera, su comportamiento sería digno de desprecio y vergonzoso.

En los meses que siguieron, San Francisco estuvo desgarrado por la conflictividad obrera. Los sindicatos y las asociaciones patronales se habían enzarzado en discusiones tan enconadas que parecía que la situación iba a saldarse, en un sentido o en otro, para siempre. Freddie Drummond corregía pruebas, daba conferencias, sin sentirse afectado. Se entregó a Catherine van Horst y día a día encontraba algo más en ella que merecía su respeto y admiración, e incluso su amor. La huelga de tranvías le tentaba, pero no tan seriamente como hubiera esperado; y cuando estalló la gran huelga de carniceros, ni se inmutó. El fantasma de Bill Totts había sido disuelto con éxito y Freddie Drummond emprendía con rejuvenecido celo un artículo, largo tiempo acariciado, sobre el tema de los “rendimientos decrecientes”.

Quedaban dos semanas para la boda, cuando una tarde en San Francisco Catherine van Horst se presentó de improviso para llevarle a un *Boys' Club*, recientemente instituido por acuerdos laborales en los que ella estaba interesada. Iban en el auto de su hermano, pero estaban los dos solos, además del chófer. En el cruce con la calle Kearny, la calle Market y la Geary se juntan formando una angulosa “V”. Ellos, en el auto, bajaban por la Market con la intención de doblar el agudo vértice y subir por la Geary. Pero desconocían lo que el destino les deparaba, bajando por la calle Geary a su encuentro. Aunque Freddie Drummond estaba al tanto por los periódicos de que había huelga de carniceros y de que se trataba de una huelga sumamente agria, todo ello, en ese momento, estaba lejos de su mente. ¿Acaso no estaba sentado junto a Catherine? Y, además, estaba

exponiendo con detalle sus puntos de vista sobre los acuerdos de trabajo, puntos de vista para cuya formulación las aventuras de Bill Totts habían desempeñado un papel.

Por la calle Geary bajaban seis camionetas de carne. Al lado de cada conductor esquirol se sentaba un policía de copiloto. Delante, detrás y por los laterales de esta procesión marchaba una escolta protectora de cien policías. Tras la retaguardia policial, a una distancia respetable, iba una multitud ordenada, pero vociferante, de varios bloques de edificios de longitud que congestionaba la calle de lado a lado de la acera. La Patronal de la Carne estaba tratando de abastecer los hoteles y, de paso, romper la huelga. Se había suministrado carne al Hotel St Francis, al precio de muchas ventanas rotas y cabezas abiertas y la expedición seguía su camino en dirección al Hotel Palace.

Ajeno a todo ello, Drummond estaba sentado junto a Catherine, hablando del acuerdo laboral, mientras el coche, pitando regularmente y esquivando el tráfico, describía una amplia curva para rodear el vértice. Un gran carro cargado de carbón y tirado por cuatro enormes caballos, que procedía de la calle Kearny con la intención de doblar hacia la Market, les cerraba el paso. El conductor del carro parecía indeciso y el chófer, conduciendo despacio pero haciendo caso omiso del policía de tráfico, dio un volantazo a la izquierda, saltándose las normas de circulación, para pasar por delante del carro.

En ese momento Freddie Drummond dejó de hablar y ya no habló más, porque la escena cogía la velocidad de una secuencia de acción. Escuchó el rugido de la multitud por detrás y divisó a los policías con sus cascos y las tambaleantes camionetas de carne. Al mismo tiempo, dando latigazos y poniéndose de pie para ello, el conductor del carro de carbón cruzó los caballos y el carruaje para obstruir el paso de la comitiva que avanzaba, paró en seco a los caballos, puso el freno de mano y se sentó con el aire de quien ha venido para quedarse. El auto se detuvo también, bloqueado por los jadeantes animales.

Antes de que el chófer pudiera dar marcha atrás, un destartado carruaje ligero de un solo caballo, conducido al galope por un viejo irlandés, se pegó a las ruedas del auto. Drummond reconoció el caballo y el carromato, pues los había conducido personalmente a menudo. El irlandés

era Pat Morrissey. Al otro lado, un carro de cerveza se había quedado cruzado con el de carbón y un tranvía de la calle Kearny en dirección este, tocando salvajemente sus campanas y con el conductor que gritaba en actitud desafiante, avanzaba resuelto a completar el embotellamiento. Los carruajes de carne se detuvieron. Los policías estaban atrapados. El rugido de la multitud se expandió desde detrás hacia delante a medida que ésta se lanzaba al ataque, mientras los policías, situados en la vanguardia, cargaban contra los carros que obstruían el paso.

—Nos ha pillado en medio —Drummond comentó fríamente a Catherine—.

—Sí —asintió ella con la misma frialdad—. ¡Qué salvajes son!

Su admiración por ella se duplicó. Era, desde luego, su tipo. Él habría estado satisfecho de ella incluso si hubiera gritado y se hubiera abrazado a él, pero esto, esto era magnífico. Estaba en medio de esa tormenta con tanta calma como si no fuera más que un atasco de carruajes a la salida de la ópera.

Los policías estaban intentando abrir el paso. El conductor del carro de carbón, un hombretón en camiseta, encendió una pipa y se sentó a fumar. Miró hacia abajo con complacencia al capitán de policía que estaba maldiciéndole como un poseso y su único reconocimiento fue encogerse de hombros. Desde atrás, surgió el rat-rat-rat de las porras sobre las cabezas y un caos de insultos, alaridos y gritos. Un violento aumento del ruido anunció que la multitud había roto la línea y estaba sacando a un esquirol del carruaje. El capitán de policía ordenó reforzar la vanguardia y la multitud de atrás fue rechazada. Mientras tanto, en el edificio alto de oficinas de la derecha se habían ido abriendo ventana tras ventana y los oficinistas con conciencia de clase arrojaron una lluvia de muebles de oficina sobre las cabezas de policías y esquiroles. Papeleras, tinteros, carpetas, máquinas de escribir, cualquier cosa que tuvieran al alcance de la mano volaba por los aires.

Un policía, a las órdenes de su capitán, trepó hasta el pescante alto del camión de carbón para arrestar al conductor. Pero el conductor, levantándose lenta y pacíficamente para recibirle, súbitamente le dobló los brazos y le lanzó encima de su capitán. El conductor era un joven enorme y cuando trepó hasta la cima de la carga y agarró un trozo de carbón con las

dos manos, otro policía, que estaba escalando el carruaje por uno de los lados, se soltó y cayó, de nuevo, a tierra. El capitán ordenó a media docena de hombres que asaltaran el carromato. El conductor, moviéndose entre su carga de lado a lado, los fue derribando arrojándoles grandes trozos de carbón.

La multitud en las aceras y los conductores bloqueados en los carruajes gritaban consignas de aliento y hurras a las acciones. El conductor del camión de carne, aplastando cascos con la barra de su volante, fue golpeado hasta perder el sentido y arrastrado fuera de su atalaya. El capitán de policía, fuera de sí al ver rechazados a sus hombres, dirigió el siguiente asalto sobre el carromato de carbón. Un montón de policías se aglomeraban junto a la elevada fortaleza. Pero el conductor se crecía. En ocasiones había hasta seis o siete policías rodando por el suelo y debajo del carro. Ocupado en repeler un ataque por la parte trasera de su fortaleza, el conductor pilló al capitán justo en el momento de saltar sobre el asiento desde la parte delantera. Estaba todavía en el aire y en equilibrio inestable, cuando el conductor le lanzó un trozo de carbón de más de diez kilos, que golpeó al capitán en todo el pecho y le hizo caer de espaldas, desplomándose contra la parte trasera del coche, rodando hasta el suelo.

Catherine pensó que estaba muerto, pero se levantó y volvió a la carga. Ella alargó su mano enguantada y dio unas palmaditas de consuelo en el lomo del tembloroso y resoplante caballo, pero Drummond no se dio cuenta de ello. No tenía ojos para otra cosa que para la batalla en torno al carruaje de carbón, mientras en algún lugar de su complicada psicología, Bill Totts estaba bullendo y pugnando por salir al exterior. Drummond creía en la ley y el orden y en el mantenimiento de lo establecido, pero ese levantisco salvaje que llevaba dentro no aceptaba ninguna de las dos. Entonces, más que nunca, Freddie Drummond apeló a su inhibición de hierro para protegerse. Pero está escrito que una casa desunida ha de terminar rompiéndose. Y Freddie Drummond se dio cuenta de que su voluntad y su fuerza estaban repartidas con Bill Totts y que la unidad que formaba esa pareja se estaba desgarrando en dos mitades.

Freddie Drummond estaba sentado en el coche, sin perder la compostura, al lado de Catherine van Horst; pero a través de los ojos de Freddie Drummond miraba Bill Totts y, en algún lugar detrás de sus ojos,

pugnando por el control de su cuerpo compartido, estaban Freddie Drummond, el sensato y conservador sociólogo, y Bill Totts, el belicoso obrero sindicado con conciencia de clase. Fue Bill Totts, mirando a través de esos ojos, quien vio el inevitable final que tendría la batalla por el carruaje de carbón. Vio a un policía encaramarse hasta la cima de la carga, a un segundo y un tercero. Se movían torpemente, pero llevaban porras en la mano y las esgrimían. Un porrazo alcanzó al conductor en la cabeza. Esquivó un segundo golpe, pero le alcanzó en el hombro. Para él, el juego claramente había terminado. Se lanzó súbitamente, agarró a dos policías con los brazos y se arrojó al pavimento, sin aflojar un instante sus dos presas.

Catherine van Horst estaba mareada de ver la sangre y la brutal pelea. Pero sus escrúpulos quedaron disipados por el sensacional e inesperado suceso que tuvo lugar a continuación. El hombre que se sentaba a su lado emitió un grito atterradoramente animal y se puso en pie. Le vio saltar por encima del asiento delantero, brincar al capó del coche y, desde allí, subir al carruaje. Su embestida fue como un torbellino. Antes de que el perplejo oficial, encaramado sobre la carga, pudiera adivinar la intención de este caballero vestido de forma convencional pero de apariencia agresiva, recibió un puñetazo que le lanzó hacia atrás por los aires hasta el empedrado. Una patada en la cara envió al mismo sitio a otro policía que subía. Un grupo de otros tres, llegaron arriba y sostuvieron con Bill Totts un salvaje cuerpo a cuerpo en el que le desgarraron la chaqueta, el chaleco y la mitad de su camisa almidonada.

El capitán estaba dirigiendo elegantemente el ataque cuando fue sorprendido por un pedazo de carbón que se le estampó en la cabeza como si fuera una especie de bautizo satánico. El objetivo de la policía era abrir el bloqueo de la cabecera antes de que la multitud rompiera el cordón por detrás; el de Bill Totts era mantener el control del carruaje hasta que la multitud rompiera el cordón de policía. Así que la batalla del carbón continuó.

La multitud había reconocido a su campeón. Bill “el Grande”, como siempre, había asumido el liderazgo y Catherine van Horst estaba anonadada con los vítores de “¡Bill! ¡Eres tú, Bill!”, que surgían de todas partes. Pat Morrissey, desde el asiento de su carruaje, daba saltos y gritos

exaltados, “¡Cómetelos, Bill! ¡Cómetelos! ¡Cómetelos vivos!”. Desde la acera, escuchó la voz de una mujer que gritaba, “¡Cuidado, Bill, por delante!”. Bill oyó la advertencia y, lanzando carbón con buena puntería, limpió el frente de asaltantes. Catherine van Horst giró su cabeza y vio en la esquina de la acera una mujer con ojos vivos y brillantes de color negro que contemplaba llena de pasión al hombre que había sido Freddie Drummond hasta hacía unos minutos.

Las ventanas del edificio de oficinas explotaron en un clamor de aplausos. Cayó una catarata de sillas de oficina y muebles archivadores. La multitud había roto la línea de carruajes por un lado y avanzaba, dejando a algunos de los policías aislados en medio de un grupo con ganas de pelea. A los esquiros les arrancaron de sus asientos y cortaron las bridas de los caballos, que salieron de estampida. Muchos policías trataron de ponerse a salvo, metiéndose debajo del carruaje de carbón, mientras que los caballos sueltos, que algunos policías intentaban controlar desesperadamente, salían desbocados por la acera de enfrente al atasco e irrumpían en la calle Market.

Catherine van Horst oyó la voz de la mujer avisando. Estaba, de nuevo, en la esquina y gritaba:

—¡Dale, Bill! ¡Ahora te toca a ti! ¡Remátalo!

La policía estaba fuera de juego por el momento. Bill Totts saltó al suelo y avanzó por la acera hacia la mujer. Catherine van Horst vio cómo ella le abrazaba y le besaba en los labios; y Catherine van Horst le observó con curiosidad, mientras se iba calle abajo, con un brazo alrededor de la mujer, hablando los dos y riéndose y él con una sensualidad y abandono que ella nunca hubiera imaginado.

Los policías habían vuelto, de nuevo, y disolvían el atasco mientras esperaban refuerzos y nuevos conductores y caballos. La multitud daba por hecho su trabajo y se estaba dispersando y Catherine van Horst les siguió observando desde el coche. El hombre, al que ella había conocido como Freddie Drummond, cuya cabeza todavía asomaba por encima del gentío, iba con un brazo aun rodeando la cintura de la mujer. La pareja cruzó la calle Market, atravesó la Falla y desapareció por la calle Tercera hacia el interior del gueto obrero.

En los años que siguieron, no hubo más clase en la Universidad de California a cargo de un tal Freddie Drummond, ni libro alguno de economía y de relaciones laborales apareció con el nombre de Frederick A. Drummond. Sin embargo, surgió un nuevo líder obrero, que respondía al nombre de William Totts. Fue él quien se casó con Mary Condon, presidenta del Sindicato Internacional de Trabajadoras de Guantes núm. 974; y fue él quien organizó la famosa huelga de cocineros y camareros que, antes de su exitoso final, promovió muchos otros sindicatos, entre cuyos miembros federados más insospechados se contaban el gremio de polleros y el de cargadores.

Además de autor de relatos de aventuras,
Jack London fue un activista sindical
y un crítico de la naciente sociología académica.
En este cuento ofrece una original reflexión
sobre la identidad de clase
y los límites de su observación distanciada.